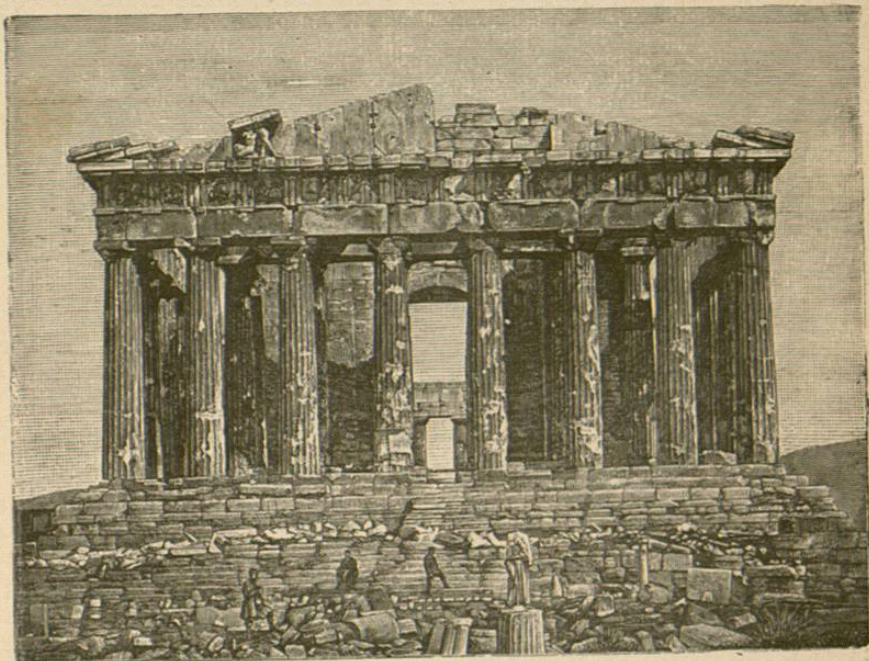


que Atenas llegó á un esplendor no conocido jamás en el mundo. Bajo aquel cielo clarísimo, sobre aquella tierra semejante á fuerte y armonioso pedestal, veíase la más bella cristalización del pensamiento producida jamás por el doble impulso de los tiempos y de las ideas. El hermoso espacio en que por una parte brillaban las ondas del Egeo y por otra parte las cimas del Himeto, con las canteras del Pentélico y con los olivares de Colonna ornado, y henchido de la música cuyas melodías acompañaban en sus tristezas á la infeliz Antígona, y de los zumbidos cuyos rumores anunciaban mieles del Hible recogidas en labios canoros como los del feliz Anacreonte, por las teorías ó procesiones cortado que semejaban cintas y estelas del arte, ó por las ciencias esclarecido como por una lumbre junto á la cual creeríais sombra la misma luz del sol, ofrecía tal base á los más bellos edificios y tal abrigo á las más inspiradas ideas, que deslumbradas inteligencia y vista hoy mismo, cuando todo ha sido reducido á escombros y los escombros á polvo, lo miran como el mayor y más hermoso templo del humano espíritu. Allá, en las aguas, aquellas trirremes doradas, sobre cuya popa suben al cielo en aromosas nubes los humos del sacrificio grato á los dioses, y aquí, en las orillas, aquellas escuelas sabias congregadas entre las ramas de los plátanos y el lino de los velámenes, exhalando conceptos cuyos condensados vapores forman y componen otras tantas almas parecidas á espirituales luminosísimas estrellas. Como los árboles, con su misma espontaneidad, se levantan del suelo columnas que diríais con raíces profundamente arraigadas según su incontrastable solidez y forma. Las volutas de sus chapiteles forman tales armonías con los plintos de su base y con las estrías de su fuste, que, al contemplarlas, por esas relaciones entre los ojos y los oídos, os parecerán una oda en piedra de Píndaro y Simónides. Sus combinaciones han compuesto esos Propileos que parecen un coro; ese Partenón perfectísimo, donde se juntan los cálculos geométricos y la inspiración estética sin que la ciencia dañe al arte ni la medida y el orden á la espontaneidad; esa grande y fuerte Acrópolis, de suyo semejante sobre Atenas al casco de una diosa; la Pinacoteca, en que buriles y pinceles han dejado á porfía esos cuadros y esas canéforas, cuyas líneas componen el dechado acabadísimo de la forma y cuya severidad revela

cómo el alma y la naturaleza se habían compenetrado é indisolublemente unido en los senos de Grecia; dondequiera que volváis los ojos y dondequiera que apliquéis el oído, la hermosura tranquila os absorbe y recrea. En la frente de una colina el templo y el túmulo en la base. Los mosaicos de piedras, que creeríais preciosas, cubren aquellos suelos, y los mármoles y los alabastros más



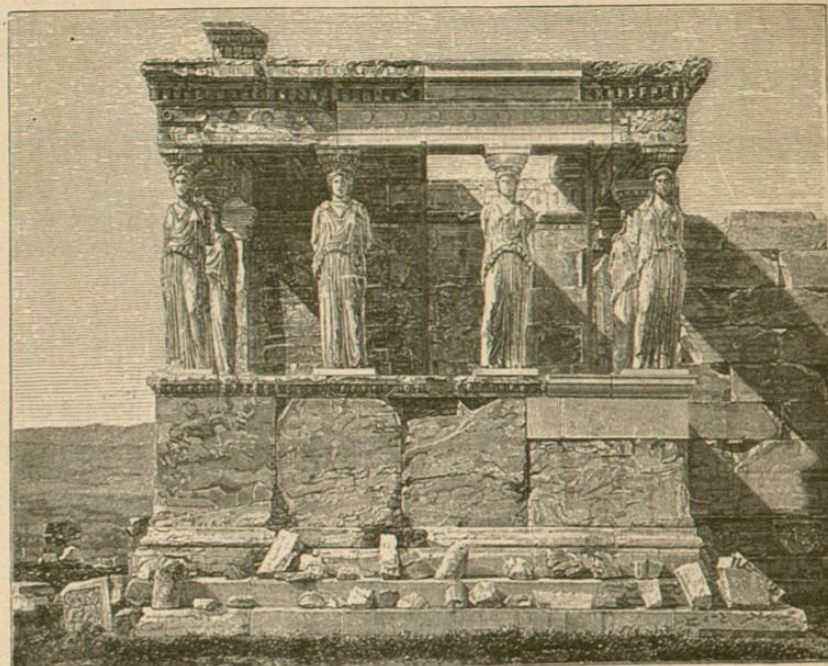
Fachada occidental del Partenón (de una fotografía)

relucientes componen aquellos altares. La estatua diviniza el cuerpo humano y le devuelve una felicidad edénica, no gustada ni por los colosos ni por los esfinges orientales que parecen como enredados en las raíces del inferior mundo animal y abrumados por enorme pesadumbre. La cariátide aquí no es aquella leona descomunal ó aquel hipógrifo enorme de los templos asirios, sino la hermosa doncella sosteniendo cornisas y triángulos como pudiera sostener un ánfora llena con agua del Cefiso y un cernacho de higos. Aquí en la palestra los jóvenes desnudos, caballeros sobre las cabalgaduras sin sillas ni bocados, recorren las designadas carreras en celosas competencias, y allí los atletas presentan actitudes escultóricas en gimnasios regidos por música y geometría. La grande



agora, de arenas alfombrada y abierta de todo en todo al cielo azul y al aire libre, oye discursos como el discurso de Pericles por los muertos; discursos acabados, cual esos intercolumnios del Propileo y cual esas estatuas de líneas melódicas y de actitudes serenas. El hipódromo presenta estadios de competencias á los carros, y el semicírculo de los teatros estadios de competencias también á los trágicos. Como quiera que las representaciones dramáticas hayan brotado al amor del mosto, en las vendimias áticas, sobre las carretas cargadas de cubas y las cubas cargadas de racimos, entre los evohés inspirados por una especie de borrachera cuasi divina, ornadas con la hiedra y los pámpanos y los racimos de Baco, á este dios del tirso y del címbalo están consagrados los teatros, que llevan, como el de Atenas, su nombre, y ofrecen altares al dios de los cánticos voluptuosos y de los placeres desordenados. A un lado los farsantes ejercían la mímica indudablemente con arte sumo y actitudes cadenciosas. Los jóvenes danzan el baile orgiástico; los dióscuros el pírrico, semejante á militar esgrima, y hasta los sacerdotes creen agrandar á los dioses con danzas litúrgicas. A todo esto se unían las procesiones exaltadas por alegres himnos de versos y melodías incomparables, compuestas de numerosísimos devotos, esclarecidas por antorchas bien olientes, rociadas por aguas lustrales, ceñidas de laureles y flores, donde al son de los instrumentos más armoniosos componen compasadísimos y concertados movimientos en torno de la trípode santa, sobre que brilla el fuego sagrado, iluminando las innumerables libaciones compañeras de las religiosas plegarias turbas de bellísimas vírgenes acompañadas por los ceteros y los auletas entonando coros; tras éstos los vencedores en el hipódromo, los primeros en tocar la meta sobre sus desnudos caballos; luego los sacerdotes, vestidos de blancas túnicas, alrededor de las hecatombes, y los caballeros con sus ofrendas en las manos; por último, las canéforas coronadas por canastillos de flores, y los efebos cargados con obras de arte; al terminarse tanto cortejo, la trirreme áurea bajo el peplo riquísimo con la imagen de Minerva, pasando ante la incomparable Acrópolis, entre los espléndidos Propileos, dentro del Partenón, cuyas columnas, mantenedoras del friso, donde se repiten en mármol de Paros por los buriles clásicos todas estas ceremonias piadosas, y que, ostentando

escudos de oro, parecen cantar y unir á los hexámetros de sus compasadas piedras y de sus admirables proporciones el triunfo de todo un pueblo. Poned allí en todas estas maravillas los cuadros de Polignoto con las estatuas de Fidias, en las agoras discursos de Pericles, en los teatros perfectísimas tragedias de Sófocles, en los gimnasios atletas que han servido á los escultores de



Cariátides del Erectéon

modelos, en los puertos naves dejando tras sí las estelas de una colonización maravillosa, so los plátanos las ideas de Anaxágoras y los diálogos de Sócrates, los cuales ora descubren lo infinito al espíritu, ora llueven revelaciones divinas sobre la conciencia universal, y decidme qué pueblo ha llegado á estas grandezas y ha merecido así tal divinización á la historia.

— Mira, Nerón — exclamó Tito, desasiéndose un poco del grupo donde se hallaban Británico y Narciso, — mira las consecuencias de aquello mismo que dices. La belleza te deslumbra y ciega, cuando deberá el bien cautivarte y poseerte, como poder primero del universo y dios vivo sobre todos los dioses. Aunque un adivi-



no que buscara Narciso, hábil en la ciencia de averiguar la suerte futura de cada cual por la configuración del rostro, ciencia llamada como tú sabes Metoscopia, me auguró no sé cuál mando sumo, ni sobre quién, ni sobre qué, yo no lo creo, y por lo mismo no me preparo á cosa ninguna en esta materia tan difícil y no me apercibo para ningún fin y ministerio de dominación y autoridad. Pero si yo estuviera tan cerca del trono como tú, Nerón, y como tú fuese hijo de una emperatriz cual Agripina, ó me viese adoptado por un emperador cual Claudio, no me cuidaría de las artes y de las ciencias sino en cuanto condujesen al mejor gobierno y á la mejor dirección de los demás. Más valemos y más importamos por buenos que por inspirados y sabios. El arte nos encanta, la ciencia nos esclarece; pero únicamente nos vivifican y nos conservan la moral y el bien moral. Si á una provincia me mandases, yo procedería de suerte que al volverme ó quisieran todos que me quedara con ellos ó quisieran todos que me los trajese conmigo. Antes asistiría yo á las ceremonias religiosas que á los espectáculos frívolos. Destruiría todo el mal que hubiesen hecho mis predecesores, pero el bien conservarlo todo entero. El día en que no hubiese un favor hecho á nadie, considerarlo por día perdido. Y, al revés, cuando mal ó daño hubiera hecho, aquel día quedaría, como un remordimiento eterno, gravada mi conciencia para retorcer y atormentar mi corazón. Perseguiría la delación infame con un cúmulo de penas innumerables. Preferiría morir á matar, y querría más saber que me alababan ausente á oírme adulado en mi presencia. No me propondría resucitar de modo alguno la república de Pericles por imposible; preferiría seguir las huellas de Alejandro, quien verdaderamente se propuso y consiguió unir el mundo griego con Asia.

— No es mala reconvención — decía Narciso para su capote, comentando mentalmente todas las frases por Tito expresadas, y que parecían dirigidas al pecho de Nerón. — Con grande arte le dice cómo haría él todo aquello contrario y opuesto á cuanto hace ahora el hijo de Agripina. Éste, demente ya de suyo, y sobre su demencia natural dementadísimo todavía más por la educación artificiosa de su madre y por el propio propósito de llegar á primero entre los cantores, despertando y rehaciendo en la Roma nuestra el mundo grie-

go de otros tiempos, especialmente aquel de Pericles, por todo cuanto tenía de músico, no se cura cosa del gobierno romano y no recuerda ni el cumplimiento necesario de las leyes ni el ejercicio de su propio poder en bien y provecho de todos, como se prometían de sus herederos y sucesores los sumos padres del romano imperio, César y Augusto. Describiendo lo que haría él en cualquiera pública gobernación, ha pintado con maestría singular á Británico, tal como lo educa mi diligencia para el trono. Ese príncipe, ese y no ciertamente ningún otro, ese á grandes rasgos por Tito trazado había de ser el joven á quien educamos para bien y delicia del humano linaje. Y decir que no tenemos ninguna seguridad hoy de recabarle y conseguirle aquello que por ley natural debiera pertenecerle, de guardar alguna sensibilidad en el pecho y alguna idea en el cerebro su padre que oponer á las maniobras de Agripina. Pero es necesario luchar y más luchar; no conformarse con una derrota previa y creerse perdido sin remedio antes del necesario combate. Combatamos. Esperemos que ahora la palabra de Británico despierte un afecto paternal en las entrañas de Claudio y que tal afecto paternal decida la cesión de esa diadema del mundo al mejor y al más amado entre los dos príncipes rivales. Británico se propone describir los lazos que Dido tendió á Eneas para detenerlo en Cartago, impidiendo así la fundación de Roma, y las resoluciones sublimes con que supo el héroe troyano romper las cadenas de aquellos brazos y lanzarse al mar en cumplimiento de sus ulteriores destinos. ¡Oh! Si tras esto, jugando el todo por el todo y saliendo al encuentro de la muerte, Británico aconsejase al emperador un esfuerzo para libertarse de Agripina, con seguridad resolvería el testamento de Claudio en favor suyo y pondría por completo á su merced y disposición todos los corazones. Mucho hemos perdido. En vez de usar la diligencia empleada cuando me propuse libertar al emperador de Mesalina, medito más que propongo y discurro muchísimo sin hacer en realidad nada. Ya nos han quitado los prefectos del pretorio, partidarios muy celosos de Británico. Ya nos han puesto en torno de las personas y de las habitaciones nuestras un tal número de míseros espías y esbirros, que respiramos fatigosamente por un permiso casi del cielo. Pero ¿no hemos estado siempre lo mismo, no hemos vivido entre delaciones y amenazas?



Venga sobre nosotros aquello que quieran los dioses; no debe quedar la partida descuidada por nuestra incuria. Pero escuchemos qué dicen Tito y Nerón.

En efecto, curiosísima disputa se había empeñado entre Nerón y Tito sobre cuál de los griegos ilustres debía ser imitado con preferencia en la Ciudad Eterna. Por un verdadero contrasentido el inmediato aspirante á la corona defendía un tipo demócrata, un estadista como Pericles; mientras el filósofo Tito, con puntas y ribetes de republicano, defendía un tipo imperial, defendía la persona de Alejandro. Nada más común en la Roma sierva. No pudiendo los ciudadanos en las cosas públicas ocuparse, ocupábanse á una en los problemas históricos. Necesitados de hablar, hablaban, sí, pero acerca de asuntos arqueológicos. Y así como el fondo de lo tratado no les interesaba por manera ninguna, interesábalas mucho la forma y ponían en ésta un esmero tanto mayor cuanto que no se oponía el hervir de las pasiones á una excesiva corrección en lo externo y literario puramente. ¡Qué tiempos aquellos! Cuando se preparaba el testamento de Claudio; cuando se ponía en litigio la sucesión al trono; cuando la guerra entre Nerón y Británico iba creciendo en amenazadoras proporciones; cuando los crímenes de Agripina corrompían el mundo y asombraban al cielo; cuando por todo consejo de gobierno había siniestra turba de podridos libertos y por toda protesta de oposición otra turba no menos siniestra de funestísimos espías y esbirros; cuando el puñal y el veneno habían pasado á instrumentos del imperio como todos los vicios á cortejo de la fortuna y del poder; los esclavos en sus ergástulas removiéndose para romper las cadenas; en las catacumbas, los cristianos para sustituir los viejos dioses; en el pudridero, los gladiadores heridos y moribundos para pedir venganza; dos patricios romanos, dos príncipes de familias cesáreas ó imperiales, candidato el uno á reinar inmediatamente y destinado el otro á reinar más tarde, consumían el tiempo en dilucidar y controvertir tema tan extraño y ajeno á todo cuanto allí ocurría, como el tema de si resultaba más imitable por un romano Pericles ó Alejandro. Parece imposible tal manía. Nerón, como buen músico, prefería Pericles, aquel dios elevado sobre la tierra del metro y sus armonías; mientras Tito, muy vuelto hacia el Oriente, con que soñaba en sus vigiliás de ambición, evocaba

la persona sublime de Alejandro. Quizás lo más característico para expresar esta diferencia entre la república y el imperio es el estado particular y respectivo de la elocuencia en uno y otro régimen; ya lo hemos dicho. Al Foro había reemplazado el salón; al auditorio popular, el auditorio cortesano; á las muchedumbres encrespadas, las tertulias ceremoniosas; al debate sobre las leyes y la política dependientes bajo el imperio de la divina voluntad imperial, el pánegrico de los césares con evocaciones mágicas y conmemoración perdurable de tiempos más ó menos fabulosos é incidentes de la vieja historia más ó menos poéticos. Sí, Nerón había descrito, para más acertadamente representar la comedia convenida con los embajadores frigios, el incendio de Troya, y Británico se ensayaba en el repaso de la fuga del pío Eneas para competir con su hermano por fuerza, y en estas competencias Tito encarecía el ejemplo de Alejandro únicamente para competir con su émulo el joven y elocuente Nerón, encarecedor y apologista de un ejemplo tan funesto á las instituciones imperiales como el ejemplo de Pericles. Esta triste y penosa transformación del arte oratorio antiguo, en tales términos embargaba el ánimo y el pensamiento de aquel siglo, que sus más altos publicistas no hablaban de otra materia y asunto con tan especial y vivo interés como del rebajamiento á que había llegado el verbo revelador de las ideas, el verbo encarecido por Platón y por las escuelas platónicas, la creadora y cuasi divina palabra del hombre. Lo mismo Quintiliano que Plinio en sus cartas y tratados; lo mismo Dion Casio que Plutarco en sus obras helénicas de romano carácter; lo mismo Tácito en sus *Anales é Historia* que Suetonio en sus biografías; lo mismo Lucano en sus poemas que Séneca en sus discursos y que Persio y Juvenal en sus sátiras, lamentaban á una el silencio de los antiguos oradores y el desierto extendido sobre los espacios del Foro. ¿Y no tenían razón cuando Tito, Nerón y Británico, jóvenes patricios capaces de tratar, primero en la tribuna de los Rostros y luego en la tribuna del Senado, los mayores asuntos legales y políticos, íbanse á un salón imperial, salón de bailes y conciertos, para discutir la toma de Troya por los griegos, el discurso dictado á Pericles por Aspasia sobre los muertos, los trabajos del semidiós Eneas en sus navegaciones fabulosas, las antiguas conquistas de Alejandro? Pero es-